

corazon de los soldados. La idea religiosa, que era la dominante en aquellos militares que se juzgaban instrumentos de una santa cruzada, se destaca en la sentida proclama del general español, que era el tipo del caballero de aquel siglo. «Se acerca el dia de que veais premiados el esfuerzo de vuestro corazon y las privaciones sufridas con abnegacion heroica. Regocijaos y redoblad vuestro ánimo, pues Dios, por cuya causa y la del rey combatimos, nos encamina á la victoria. Comparad nuestro brillante estado actual, con el abatido y miserable con que entramos en Tlaxcala, cuando nos arrojaron de Méjico. La mano de la Providencia veló por nosotros, despues de probar nuestra fé; y la mano de esa misma Providencia, se dispone á premiarlas. Dentro de poco nos hallaremos á las puertas de esa poderosa ciudad, de donde fuimos lanzados ignominiosamente, y que ahora tiembla, presenciando su ruina. Nuestra caballeria y nuestras filas se han duplicado, desde que llegamos á Texcoco, con los soldados y corceles llegados en los últimos buques. El cielo protege esa empresa, porque ve que luchamos en favor y aumento de la fé, y por atraer á la verdadera religion á los desgraciados pueblos que ensangrientan sus altares con las humanas victimas ofrecidas á sus sangrientos ídolos. Combatimos por la cruz, por nuestro honor, por la gloria y por el lustre del pendon de Castilla. Tras del combate, os esperan el fin de los trabajos y las riquezas. Os he puesto en frente de la soberbia ciudad que os disputa el paso con las armas, desafiando vuestro proverbial valor; vosotros le probareis, triunfando, que nada hay imposible á vuestro esfuerzo (1).»

(1) «Que se alegrasen y esforzasen mucho, pues que veian que nuestro Se-

La proclama del general inflamó el corazon de los soldados. Todos, arrebatados de entusiasmo, respondieron «que anhelaban con ansia el momento de verse asaltando la ciudad, para dar término á la lucha de que dependian la gloria y la felicidad (1).»

Hernan Cortés les recomendó, despues de esta entusiasta contestación, que guardasen y cumpliesen las ordenanzas que habia publicado en Tlaxcala, pues de su fiel observancia resultaria el servicio de Dios y el bien de ellos mismos (2).

Como la dotación de marineros y de gente de guerra para los bergantines era de suma importancia, Hernan Cortés procedió á señalar los individuos que debian ocuparse de remar, del velámen y de todo lo relativo á la marineria, al mismo tiempo que señaló los soldados y capitanes que debian ir en cada uno de los buques. Eran éstos, como he dicho ya, trece, y para ellos se destinaron

ñor nos encaminaba para haber victoria de nuestros enemigos; porque bien sabian que cuando habiamos entrado en Tesaico no habiamos traido mas de cuarenta de caballo, y que Dios nos habia socorrido mejor que lo habiamos pensado, y habian venido navíos con los caballos y gente y armas que habian visto; y que esto, y principalmente ver que peleábamos en favor y aumento de nuestra fé, y por reducir al servicio de V. M. tantas tierras y provincias como se le habian rebelado, les habia de poner mucho ánimo y esfuerzo para vencer ó morir.»—Tercera carta de Cortés.

(1) «E todos respondieron, y mostraron tener para ello muy buena voluntad y deseo: y aquel dia del alarde pasamos con mucho placer y deseo de nos ver ya sobre el cerco, y dar conclusion á esta guerra, de que dependía toda la paz ó desasosiego destas partes.»—Tercera carta de Cortés.

(2) Oviedo en su Historia de las Indias, da al discurso de Cortés dimensiones tres veces mayores que las que tiene, á pesar de llamar «breve y sustancia.» al del jefe castellano. Varios historiadores han hecho lo mismo que el expresado Oviedo.

ciento cincuenta individuos, muchos de los cuales se sabia que habian servido en los buques llegados á Veracruz. No acogieron con gusto el verse destinados al remo y el trabajo del marinero. Parecíales lo primero, bajo y degradante. Eran soldados y creían rebajada su dignidad, dejando la espada por el humilde remo. Teniendo por degradante el trabajo mecánico que de ellos solicitaba el general, alegaron, para rehusar el servicio que se les exigía, su calidad de hidalgos. Hernan Cortes logró persuadirles, aunque con mucho trabajo, de que en aquellas circunstancias los esfuerzos de todos eran igualmente nobles, pues sin la cooperación de los que se ocupasen de los buques, no podia lograrse el fin propuesto; resultando, en consecuencia, el daño en servicio del rey y de la religion. Convencidos de la verdad que encerraban las palabras del general, y viendo además en él la firme resolución de no ceder de su empeño, accedieron á lo dispuesto, aunque repugnando interiormente el destino.

El número de soldados nombrados para los buques, era igual al de los marineros, esto es, ciento cincuenta. Como de los trece buques se dejó de hacer uso del menor, por haber salido menos velero que los otros, resultó que para cada bergantin estaban destinados veintisiete hombres. La mayor parte de los soldados que debían marchar en ellos, eran ballesteros y arcabuceros. Cada barco llevaba un cañon y lo mandaba un capitán de reconocido valor. Entre estos figuraban García de Holguin, Pedro Barba, Miguel Diaz de Auz, Juan Jaramillo y otros que se hicieron notables por su denuedo.

Todo era animacion y preparativos de guerra, en aque-

llos momentos en Texcoco. Hernan Cortés habia avisado ya al senado de Tlaxcala y á los señores de Huexotzinco y Cholula que enviasen sus ejércitos, pues estaban terminados los buques, y se esperaba que llegasen de un momento á otro. Los tlaxcaltecas, segun sus instrucciones, debían reunirse á él en Texcoco. Los huexotzincos y cholulenses recibieron orden de dirigirse á Chalco, punto que juzgó ventajoso para empezar las operaciones del sitio en la parte meridional del valle (1).

Era la víspera del plazo fijado por Cortés para que se le reuniesen las tropas aliadas, cuando el ejército tlaxcalteca se aproximaba á las puertas de Texcoco. El senado de la república, celoso del cumplimiento de su promesa y anhelante de ver derrumbarse el trono de los emperadores aztecas, se apresuró á enviar sus lucidos escuadrones. Iba al frente de ellos, como general en jefe, el joven Jicotencatl; y mandando otro cuerpo respetable, marchaba el valiente Chichimecatl, el pundonoroso guerrero que condujo los bergantines de Tlaxcala á Texcoco, solicitando el puesto de mas peligro.

Hernan Cortés, al saber que se acercaban, salió á recibirles á un cuarto de legua de la ciudad, acompañado de Pedro de Alvarado y de otros capitanes. Afectuoso y atento, abrazó á los bravos jefes tlaxcaltecas, y ponderó el gallardo continente de la lucida gente que llevaban. No

(1) «Pues que ya por mí estaban avisados, y tenían su gente apercebida, que con toda la mas y bien armada que pudiesen, se partiesen y viniesen allí á Tesaico... Los de Guajucingo y Churutecal se vinieron á Chalco, porque yo se lo habia así mandado, porque junto por allí debía entrar á poner cerco.»  
—Tercera carta de Cortés.

habia lisonja en su ponderacion. El personal de las tropas que acaudillaban, era, con efecto, admirable. Marchaban los escuadrones perfectamente ordenados, ostentando sus divisas particulares y tremolando al viento sus vistosos estandartes. Los capitanes se distinguian por sus extraños cascos de madera, figurando cabezas de leones y de tigres, adornados de brillantes penachos, y por el lujo de sus adornos. Los soldados rasos marchaban desnudos, cubiertas sus pudendas, pintados los cuerpos con vivos colores, y armados de arcos y flechas, de lanzas, espadas, hondas y macanas. Era una vista sorprendente la que presentaba aquel ejército que se componia de cincuenta mil hombres, marchando con altivo porte y orgulloso continente, bajo el estandarte de la república, que ostentaba una águila caudal con las alas extendidas (1).

Cada distinguido jefe de elevado rango, llevaba las insignias que daban á conocer su nobleza; y al lado de la bandera nacional, flameaba la de la ilustre casa del noble Xicotencatl, dejando ver en su escudo una blanca garza en actitud de emprender el vuelo (2).

El lucido ejército tlaxcalteca continuó su marcha; y

(1) «Y los capitanes de Tascaltecal, con toda su gente muy lucida y bien armada... Y segun la cuenta que los capitanes nos dieron, pasaban de cincuenta mil hombres de guerra: los cuales fueron por nosotros muy bien recibidos y aposentados.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y como encontraron con el Xicotenga... y venian en gran ordenanza y todos muy lucidos, con grandes divisas cada capitania por sí, y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila con sus alas tendidas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Aquí se da á entender que el ave blanca era el escudo de armas de la república; pero no era sino el escudo particular de la casa de Xicotencatl, pues la bandera de la república tenia una águila con las alas extendidas.

pocos instantes despues penetraba en las calles de Texcoco, haciendo resonar sus estrepitosas músicas militares, y dando silbidos, gritando con vivo entusiasmo: «¡Viva el emperador nuestro señor, y Castilla y Tlaxcala! (1).»

Tres horas duró la entrada de los escuadrones tlaxcaltecas. Hernan Cortés obsequió cumplidamente á sus valientes jefes, colocó á las tropas en amplios y cómodos edificios, y las obsequió con una gran comida, en que se les sirvió de todo lo que en el real habia (2).

En los momentos en que los guerreros de la república aliada se entregaban á los placeres de la mesa, se presentaron al general español dos indios de fisonomía franca y noble, que pusieron en sus manos una carta. Hernan Cortés abrió el pliego y quedó gratamente sorprendido de lo que en él llegó á leer. Hizo entonces á los portadores del papel algunas preguntas por medio de sus intérpretes Gerónimo de Aguilar y de Marina; y la respuesta de los indios aumentó su satisfactoria sorpresa. Como lo que llegaron á referir al jefe castellano los dos mensajeros que le entregaron la carta, es un curioso episodio, que prueba el carácter leal y noble que distinguía á muchos pueblos de aquella hermosa parte de la América, voy á referirlo detenidamente.

Cuando Moctezuma hizo que los gobernantes de las pro-

(1) «Y puestos en concierto y dando voces y gritos é silbos, diciendo: ¡Viva el Emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, Tlaxcala, Tlaxcala!»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y Cortés los mandó aposentar en unos buenos aposentos, y los mandó dar de comer de todo lo que en nuestro real habia.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

vincias sujetas al imperio mejicano, reconociesen, como él mismo reconoció, por soberano al monarca de Castilla, envió Hernan Cortés algunos individuos para que se informasen de las producciones de cada una de ellas. Dos de las personas comisionadas fueron á Chinantla, nacion belicosa, enemiga irreconciliable de los mejicanos, situada al Sudoeste de Cholula y distante noventa leguas de la capital de Méjico. Sus habitantes, que habian reconocido ya, espontáneamente, por soberano al monarca de Castilla, recibieron con marcado aprecio á los dos españoles, llamado uno de ellos Hernando Barrientos. Cuando Hernan Cortés marchó á combatir á Pánfilo de Narvaez, mandó pedir á los de Chinantla, como queda referido al hablar de aquella expedicion, dos mil hombres, y que le hiciesen trescientas lanzas con puntas de cobre, comisionando para ello á un soldado llamado Tovilla. Los chinantecos obsequiaron el deseo del general castellano, y las lanzas fueron enviadas con Tovilla, y los dos mil hombres llegaron á Cempoala pocas horas despues del triunfo sobre Narvaez. Como ya no era necesaria aquella fuerza, los escuadrones chinantecos volvieron á su provincia, marchando con ellos el español Barrientos. Aconteció á poco la sublevacion de los mejicanos en la capital; y mientras Hernan Cortés luchaba en las calles de Méjico, los castellanos que habia enviado á reconocer las producciones del país, eran asesinados en las provincias sujetas al imperio mejicano.

Ignorando Hernando Barrientos y su compañero lo que pasaba en Méjico y en los Estados feudatarios de la corona azteca, y no recibiendo noticia ninguna ni de la Villa-

Rica ni de la capital, se propusieron pasar á ésta para reunirse á su general. Entonces fué cuando el cacique de Chinantla y sus habitantes, les hicieron saber lo que pasaba. Les dijeron que todas las provincias habian tomado las armas contra los españoles; que habian asesinado á los que se encontraban en ellas, y que Hernan Cortés se hallaba cercado de ejércitos aztecas por todas partes. El cacique terminó asegurándoles su lealtad al rey de España, y aconsejándoles que no saliesen de su provincia, donde vivirian seguros y estimados.

La lealtad y la nobleza de los chinantecos llenó de gozo y satisfaccion á los dos españoles, y agradecidos á la hospitalidad que les ofrecian, la admitieron, manifestando su profundo agradecimiento.

Así pasaron los dias y los meses, sin que en aquella apartada provincia se llegase á saber la suerte que habian corrido Hernan Cortés y sus tropas, aunque se temia que hubiesen perecido. Entre tanto los chinantecos se habian visto obligados á sostener algunas guerras con los Estados colindantes que obedecian á Méjico. Mirando en Hernando Barrientos un hombre de capacidad, de valor y de honradez, que se habia conquistado las simpatías de los habitantes, le nombraron jefe del ejército, y bajo su mando alcanzaron notables victorias sobre sus enemigos.

Así vivieron Barriento y su compañero, ignorando lo que habia sido de su general y de sus compatriotas. Un dia, algunos chinantecos, llenos de satisfaccion y de regocijo, les dieron la grata noticia de que en la provincia de Tepeaca, segun les habian informado, habia tropas españolas. Deseosos de servirles con toda voluntad, les dijeron

que si anhelaban saber si era cierto, aventurarian la vida de dos chinantecos, enviándoles por en medio de las provincias enemigas hasta Tepeaca. La distancia era larga y tenían que pasar por pueblos contrarios, caminando de noche y de día por senderos extraviados. La oferta revela los nobles sentimientos de los habitantes de Chinantla y la lealtad de su corazón.

El favor fué admitido inmediatamente; y Hernando Barrientos escribió una carta que la entregó á los encargados de marchar á Tepeaca, para indagar la verdad, suplicándoles que la pusiesen en manos del jefe que mandase la fuerza. Mucho desconfiaba Barrientos de que llegase el pliego á poder de sus compatriotas. Tres cartas habia escrito en distintos meses, desde que se hallaba en Chinantla, enviándolas á la aventura con algunos indios, para que la entregasen en cualquier parte donde supiesen que habia hombres blancos, y jamás llegó á saber el paradero de ellas.

Los dos chinantecos, exponiendo su vida, y cruzando territorios enemigos, llegaron á Tepeaca. El capitán español, que Hernán Cortés dejó de guarnición en aquella ciudad, al saber el encargo que llevaban, les dijo que pasasen á Texcoco, donde hallarian al general.

La carta que el caudillo español acababa de recibir de manos de ellos y que leyó con grata sorpresa, decia al pié de la letra, lo siguiente:

«Nobles señores: dos ó tres cartas he escrito á vuestras mercedes, y no sé si han aportado allá ó no; y pues de aquellas no he habido respuesta, tambien pongo en duda habella desta. Hágoos, señores, saber como todos los na-

»turales desta tierra de Culúa andan levantados y de guerra, é muchas veces nos han acometido; pero siempre, loores á nuestro Señor, hemos sido vencedores, y con los de Tuxtepeque y su parcialidad de Culúa cada dia tenemos tambien guerra. Los que están en servicio de sus altezas y por sus vasallos son siete villas de los de Tenez; y yo y Nicolás siempre estamos en Chinantla, que es la cabecera. Mucho quisiera saber adonde está el capitán para le poder escribir y hacer saber las cosas de acá. Y si por ventura me escribiéredes de donde él está, y enviáredes veinte ó treinta españoles irme-ia con dos principales de aquí, que tienen deseo de ver y hablar al capitán; y seria bien que viniesen; porque, como es tiempo agora de coger cacao, estorban los de Culúa con las guerras. Nuestro Señor guarde las nobles personas de vuestras mercedes, como desean.—De Chinantla, á no sé cuántos del mes de Abril de 1521 años.—A servicio de vuestras mercedes.—*Hernando de Barrientos* (1).

Hernán Cortés, despues de leer la carta con notable satisfaccion y de haber escuchado á los indios portadores de ella, les agasajó, les dió de comer y les entregó la contestacion. En ella le daba cuenta de todos los sucesos acaecidos desde la sublevacion de los mejicanos hasta aquellos instantes en que estaba preparándose para marchar á poner sitio á la capital azteca. Era Hernando de Barrientos hidalgo y hombre de capacidad, y sabiendo el general español que cumpliria lealmente las órdenes que le dicta-

(1) De este Hernando de Barrientos, descende la distinguida familia de los Barrientos de Méjico.